

cuando un día, digo, de los que completan el grande año celeste, fueron por mandato supremo convocadas todas las angélicas legiones, y acudiendo desde los más apartados ámbitos del Empireo, rodearon el trono del Omnipotente, presididas por sus gloriosos capitanes. Enarbolábanse allí mil y mil enseñas, banderas y estandartes, que entre las primeras filas y la retaguardia ondeaban al aire, sirviendo para distinguir las diferentes jerarquias, órdenes y grados, ó para ostentar en los blasones de sus brillantes campos sagrados recuerdos y memorables hechos de virtud y amor. Y cuando acabaron de formar un círculo de inconmensurable extension, incluyéndose una rueda en otra, el Infinito Padre, á cuyo lado se sentaba el Hijo en el seno de su bienaventuranza, cual desde una montaña de ardiente fuego que no deja ver su cima por la excesiva claridad que luce en ella, pronunció estas palabras:

«Oid todos vosotros, ángeles, hijos de la luz, tronos, dominaciones, principados, virtudes y potestades; oid mi decreto, que ha de ser para siempre irrevocable. En este día he engendrado al que declaro mi único Hijo, y sobre este santo monte acabo de consagrarle. Á mi diestra le tengo; vedle. Desde hoy será vuestro superior, pues por mi mismo he jurado que todas las rodillas se doblarán en el cielo ante él, y que le reconocerán todos por soberano. Vivid unidos, como una sola alma, bajo el imperio de este representante de mi grandeza, y sed perpetuamente dichosos; que el que le desobedezca, me desobedecerá á mi, romperá los vinculos que nos unen, y desde aquel día, apartado de Dios y de su vision beatífica, caerá en las más hondas tinieblas, en el profundo abismo, donde tiene reservado un lugar que ocupará sin fin y sin esperanza de redencion.»

»Así habló el Señor Todopoderoso, y todos parecieron acoger dócilmente sus palabras, aunque en realidad no todos sentían lo mismo. Aquel día, como uno de los más solemnes, se pasó en cánticos y danzas en torno del sagrado monte; místicas danzas, que la estrellada esfera de los planetas y los astros fijos imita antes que otra alguna en sus intrincados, excéntricos y revueltos laberintos, tanto más regulares, sin embargo, cuanto mayor es su irregularidad en la apariencia; y de sus movimientos procede armonía tan divina y tan dulce en sus mágicos acordes, que el mismo Dios los escucha embelesado.

»Acercábase entre tanto la noche (que también nosotros tenemos mañana y tarde, no porque nos sean necesarias, sino porque su variedad es más agradable), y terminadas las danzas, sentimos el deseo de regalarnos con dulcísimos manja-

res; y puestos en círculos como estábamos, aparecieron las mesas llenas de angélicos alimentos, de líquidos rubios y néctar, fruto de las deliciosas vides que cultiva el cielo, rebosando en vasos de perlas, diamantes y macizo oro. Recostados sobre flores y coronados de guirnaldas comían allí y bebían, y en dulce consorcio se henchían de inmortalidad y júbilo, mas sin llegar á fastiarse, porque la plenitud es allí el límite del exceso, hallándose en presencia del bondadosísimo Señor, que al otorgarles tantos dones á manos llenas toma parte en su regocijo. Entre tanto la ambrosia de la noche, exhalándose entre nubes desde el alto monte de Dios, fuente de la luz como de la sombra, había trocado la faz del fulgente cielo en un crepúsculo agradable, pues nunca extiende allí la noche más tenebroso velo, y un blando rocío iba adormeciendo todos los ojos, excepto los de Dios, siempre vigilantes. Diseminados poco después los ejércitos angelicales por la llanura del cielo, mucho más extensa que la de la tierra, si aplanase su superficie, que tales son los divinos átrios, se dispersaron en legiones y curias, acampando orillas de arroyos cristalinos y entre árboles de vida; y bajo innumerables é improvisados pabellones, como en otros tantos tabernáculos, gozaban los celestiales espíritus del sueño, arrullados por los frescos céfiros; gozaban del sueño todos, ménos los que durante el transcurso de la noche se empleaban en cantar melodiosos himnos al rededor del trono del Señor.

»Pero no velaba con este objeto Satan, que así se llama ahora, porque su primitivo nombre no se oye ya en el cielo; Satan, uno de los primeros, si no el más distinguido de los arcángeles, grande por su poder, su favor y su dignidad, que envidioso del puesto á que el Padre Omnipotente elevaba aquel día á su Hijo, proclamándole por Mesías y ungiéndole por Rey, no podía reprimir su orgullo, indignado de que así se le postergase. Cediendo pues á su malevolencia y á su soberbia, no bien, mediada la noche, llegó la hora en que la oscuridad era mayor y en que por lo mismo brindaba más al sueño y al recogimiento, determinó alejarse con todas sus legiones, dando aquella muestra de menosprecio á la supremacía de Dios, de cuyo culto y obediencia se separaba desde aquel momento; y despertando al que le seguía en autoridad, llevóle aparte, y le dijo así:

«¿Tú también, compañero mío, estás durmiendo! ¿Es posible que pueda el sueño cerrar tus párpados? No te acuerdas ya de lo que se decretó ayer, del decreto que hace tan poco pronunciaron los labios del Señor del Cielo? Tú tienes por costumbre no ocultarme ninguno de tus pensamientos, como acostumbro yo

á confiarte tambien los míos. Y si despiertos tú y yo somos uno mismo ¿por qué el sueño ha de hacer que nos desunamos? Ves que se nos imponen nuevas leyes: dictadas estas por un poder soberano, pueden producir en nosotros sus vasallos nuevos propósitos, nuevos consejos para tratar de eventualidades que acaso sobrevendrán; pero no es conveniente discurrir aquí más sobre este punto. Congrega á los jefes de los millares de huestes que acaudillamos; diles que por superior mandato, ántes que la oscura noche haya retirado sus sombrías nubes, debo, juntamente con los que tremolan sus banderas bajo mis órdenes, encaminarme con apresurado vuelo á las regiones que poseemos en el norte, y disponer allí lo necesario para recibir dignamente á nuestro rey, el gran Mesias, y ejecutar lo que tenga á bien mandarnos, porque en breve aparecerá triunfante en medio de todas las jerarquías celestes, á las cuales impondrá sus leyes.»

»Mientras el pérfido Arcángel hablaba así, iba inspirando malignas preveniciones en el incauto ánimo de su compañero, que, conforme le habia prescrito, llamó á la vez, ó unos tras otros, á los principales á quienes mandaba; indicóles que se le habia ordenado trasladar á otro punto el gran pendon que los distinguia, ántes de que la sombría noche abandonase el cielo; y para tomar el tiento á su lealtad, les insinuó el motivo de aquella marcha con ciertas vaguedades y reticencias, propias para agriar y torcer sus ánimos. Obedecieron todos, como lo tenían de costumbre, la señal y superior mandato de su grande adalid, que bien merecia el nombre de grande, siendo tanta en el cielo su dignidad; seduciales su esplendor, como seduce á los astros que le siguen el de la estrella de la mañana, y la impostura de que se habia valido arrastró en pos de sí á la tercera parte de las celestiales huestes.

»Entre tanto los ojos del Eterno, cuya mirada penetra los más recónditos designios, descubrieron desde la cima del santo monte, alumbrado de noche por las lámparas de oro que arden en su presencia, pero sin necesitar de su luz, la rebelion que se preparaba; vieron cómo iba cundiendo entre aquellas lucidas cohortes, y la resistencia que su innumerable muchedumbre se aprestaba á hacer á su voluntad suprema; y sonriendo, dirigió á su único Hijo estas palabras:

«¡Hijo mio, en quien veo resplandecer la plenitud de mi gloria, heredero de mi omnipotencia! Pues se va á atentar contra ésta, impórtanos pensar cómo defenderla, y con qué armas hemos de sostener el eterno derecho que poseemos á la divinidad y al imperio de todo lo creado. Un enemigo se alza que pretende

erigir un trono igual al nuestro, allá en las vastas regiones del Septentrion; y no contento con esto, medita cómo aventurar al trance de una batalla nuestro poder y nuestro derecho. Preparémonos pues, y en tan temeroso riesgo armémonos prontamente de cuantas fuerzas podamos disponer, empleándolas en defendernos, no sea que por desprevenidos caigamos de nuestra sublime altura, de nuestro santuario, de la cima de nuestro monte.»

»Á lo que con reposado, puro, inefable, y sereno aspecto, radiante de divinidad, respondió el Hijo: «Omnipotente Padre, que con razon haces desprecio de tus enemigos, y que contemplándote seguro, te burlas de sus vanos intentos y de su inútil cuanto tumultuosa audacia: con esto acrecentarán mi gloria; su odio redundará en loor mio, cuando vean que el soberano poder que se me ha otorgado aniquila todo su orgullo, y experimenten la habilidad de mi brazo en subyugar á los que se rebelan; y entónces dirán si debo ser considerado como el último de los cielos.»

»Mientras hablaba así el Hijo, caminaba Satan en apresurado vuelo con sus secuaces; ejército más innumerable que las estrellas de la noche ó las matutinas gotas de rocío que, como relucientes perlas, engasta el sol en las plantas y las flores. Atraviesan una y otra region, los poderosos reinos de los serafines, de las potestades y de los tronos en sus triples grados; comparados tus dominios, Adan, con aquellas regiones, serian lo que tu jardín con respecto á toda la tierra, á los mares todos, al globo entero, desplegado en toda su longitud. De esta suerte llegan por fin á las extremas partes del Norte, y Satan á su mansion régia fabricada en lo más alto de un monte, que se divisaba á lo léjos como una montaña sobrepuesta á otra, con pirámides y torres hechas de agramilado diamante y de rocas de oro; que tal era el palacio del célebre Lucifer, segun en su lenguaje llaman los hombres á esta clase de construcciones; pues para afectar mayor igualdad con Dios, imitando el nombre de la montaña en que acababa de proclamarse al Mesias rey de los cielos, él llamó á la suya Montaña de la Alianza. Y convocando en torno de ella á todos sus secuaces con pretexto de que así se le ordenaba para consultarlos sobre el ostentoso recibimiento que habian de hacer á su Soberano luego que se presentase, y valiéndose del arte con que sabia fingir el acento de la verdad, cautivó su atencion, diciéndoles:

«Tronos, dominaciones, principados, virtudes y potestades, títulos magníficos, si no son vanos desde el momento en que por un decreto se ha concedido á

otro tan gran poder, que nos eclipsa á todos al ser consagrado por rey supremo. Él es la causa de la atropellada marcha que esta noche hemos traído: él la de que aquí estemos congregados de improviso, con el único objeto de acordar cómo más dignamente hemos de recibir, y qué honores nuevos hemos de rendir al que viene á imponernos un tributo de genuflexion, una humillacion servil, que hasta ahora no se nos habia exigido. Postrarnos ante uno, era demasiado: ¡cuán duro no debe sernos este doble culto ofrecido no sólo al que es superior, sino al que se nos dice ahora que es su imágen! Y ¿qué aconteceria si despertasen nuestros ánimos á mejor acuerdo, y se determinasen á sacudir tal yugo? ¿Humillareis las frentes, y doblareis temblando vuestras rodillas? No tal: creo conoceros bien; y asimismo os reconocereis vosotros como naturales é hijos de este cielo, que ántes no ha poseído nadie; y si no todos somos iguales, todos somos libres, igualmente libres, porque la diferencia de clases y dignidades no se opone á la libertad, que, por el contrario, se concilia con ellas. ¿Quién, pues, ni razonable ni justamente podrá alzarse con la monarquía sobre los que de derecho son iguales suyos, si no en poder y esplendor, al ménos en libertad? ¿Quién se atreveria á dictarnos leyes ni mandamientos, cuando por estar exentos de crimen, no necesitamos de ley alguna? Y ménos debiera atreverse á hacerlo el que no puede ser nuestro soberano ni exigir que le adoremos sin vilipendiar la régia dignidad en virtud de la cual estamos destinados á gobernar, y no á ser siervos.»

»Escuchaban todos su audaz discurso sin contradecirle, cuando levantándose el serafín Abdiel, celosísimo adorador de la Divinidad y dócil cual ninguno á sus mandatos, inflamado en santa indignacion, atajó así aquel furioso torrente:

«¡Oh blasfemo, insolente y falso! No era de esperar que se oyese semejantes palabras en el cielo, y ménos proferidas por ti, ingrato, que tan encumbrado te hallas sobre tus iguales. ¿Cómo puede tu sacrilega astucia condenar ese justo decreto promulgado y jurado por el Señor? Ordena que ante su único Hijo, que por derecho propio empuña el cetro régio, doblen todos los que habitan el cielo la rodilla, y honrándole como es debido, le confiesen por legitimo Soberano; y ¿esto dices que es injusto, porque lo es reducir con leyes á los libres, y lo es que uno solo impere sobre sus iguales y obtenga un poder que nadie puede heredar despues? ¿Pretendes dictar leyes á Dios! ¿Vas á disputar sobre los fueros de la libertad con el mismo que te ha hecho lo que eres, y que al crear conforme

á su voluntad las potestades celestes, ha limitado las condiciones de su existencia! Harto experimentada tenemos su bondad; harto sabemos con cuánta solicitud procura nuestra dicha y nuestra grandeza, y que léjos de empequeñecernos, quiere, por el contrario, sublimar nuestro venturoso estado uniéndonos más estrechamente bajo una misma cabeza. Y, puesto que, como afirmas, fuera injusto que el que es igual reine como monarca sobre sus iguales, ¿osas tú, por grande y glorioso que seas, y aunque cifrases en ti sólo todo el esplendor de las angélicas naturalezas, igualarte á ese unigénito Hijo, por quien, como Verbo suyo, el Padre Omnipotente lo creó todo, y te creó á ti mismo, y á todos esos espíritus celestes, coronados de gloria en diferentes grados y glorificados con los nombres de tronos, dominaciones, principados, virtudes y potestades, potestades que constituyen nuestra esencia? No nos humillará su reinado, ántes acrecerá nuestro lustre, porque siendo nuestro príncipe, no podrá menos de identificarse con nosotros; sus leyes serán las nuestras, y cuantos honores le tributemos vendrán á recaer en nosotros mismos. Desiste pues de tu insensato encono; no perviertas á los que te escuchan, y apresúrate á calmar la cólera del Padre y la cólera del Hijo; que no es difícil obtener el perdón cuando se implora á tiempo.»

»Con este fervor se expresaba el Ángel, mas era inútil su celo, que se tenia por extemporáneo, por poco digno y propio de espíritus apocados; de lo que lisonjeándose el Apóstata, más ensoberbecido que ántes, le replicó:

«¿Que fuimos creados, dices, y que como producto de segunda mano, el Padre transfirió este cuidado á su Hijo! ¡Idea peregrina y nueva! Bueno fuera saber de quién has aprendido esta doctrina. ¿Cuándo se efectuó esta creacion? ¿Recuerdas tú cuándo saliste de la nada, y cómo te dió el ser ese tu Hacedor? Porque nosotros no conocemos tiempo alguno en que no hayamos sido lo que somos, ni nada que nos haya precedido. Engendrados fuimos por nosotros mismos y elevados por nuestra propia virtud vivificadora, cuando llegado el momento fatal, adquirieron las cosas su complemento, y nosotros, frutos ya sazonados, tuvimos por patria al cielo. Nuestro poder de nosotros únicamente procede, y nuestro brazo ejecutará tales empresas, que muestre bien si hay otro que se le iguale. Entónces verás si tenemos necesidad de recurrir á súplicas, y si rodeamos el trono del Omnipotente como adoradores ó como agresores. Y ahora lleva, refiere estas nuevas á tu ungido Príncipe; y apresura el vuelo, ántes que un funesto obstáculo te lo impida.»